

Intimidad maldita



NACISTE PINTADA

Carmen Berenguer.

Cuarto Propio.

Santiago, 1999.

338 págs.

5114223

Al aproximarse a *Naciste pintada* de Carmen Berenguer se advierte de inmediato una necesidad extrema, en el mismo acto, de decir y repudiar. Cada enunciado de este texto opone una resistencia tanto al sistema de los géneros como al estatuto de la ficcionalidad, agujereándola con retazos de 'verdad'. Estamos ante una primera persona que exige al lector un pacto de lectura que le permita borrar y restablecer los límites una y otra vez sobrepasados. Berenguer recoge historias, momentos, voces diversas y dispersas, entre las cuales se ubica ella misma. Cada enunciación resulta dramáticamente insustituible y única, a pesar de ir construyendo un territorio extremadamente compartido. Así, se va armando una historia de fragmentos, de datos y sensaciones que lo oficial pretende siempre eludir.

Naciste pintada hace un recorrido por el espacio de una intimidad maldita, contextualizada en un continuo desplazamiento entre pasado y presente. Berenguer introduce el relato a partir de una mirada que identifica geografías urbanas y habitantes oscuros que se apropian de la ciudad, contraviniendo, a su modo, las fronteras que pretenden ocultarlos o simplemente eliminarlos. Berenguer va capturando imágenes para explorar las mixturas que dislocan las reglas, paseándose por el Barrio Chino, los bares antiguos del puerto y la casa de Brenda. Las rutas se suceden una tras otra, rutas conformadas por palabras y cuerpos, las vidas de mujeres diversas, cuya precariedad se revierte a través de la constante generación de estrategias de sobrevivencia.

En esta itinerancia, el libro establece una secuencia de voces intercaladas, títulos y crónicas policíacas extraídas del diario *La Cuarta*, en torno a un crimen ocurrido en un prostíbulo. La disparidad de las versiones que condenan, desde la prensa y la policía, hasta la autovictimización de los inculcados, distorsionan la referencialidad, pero contribuyen a la gestación de una textualidad basada en el entrecruce de testimonio y discurso público. La recuperación de los lenguajes que realiza la narración, de un modo cercano al documental, permite la circulación constante de los ejes autora-testigo-participante. Triple vértice u ojo que ejerce la crítica a partir del encuentro de lenguajes extraviados. Con ferquedad Berenguer insiste en exponer estas voces en su individualidad y autonomía relativa. De tal modo, la verdad tambalea y se deslegitima, movimiento que también involucra la posible capacidad resolutoria del lector. Aunque lo más importante es acotar o reducir el discurso de la sanción pública, para, en contraposición, expandir el ámbito de las discursividades de los enjuiciados. Berenguer agradece la organicidad del aparato crítico moralizante y silenciador del sujeto culpable. Es por ello que la presencia de la mujer encarcelada adquiere una importancia vital en este texto.

Naciste pintada, enunciación que interpela primeramente a un tú femenino, expande sus resonancias a todo individuo apresado por el determinismo. Las enunciaciones van destruyendo sin cesar la obligatoriedad de los caminos preconstruidos. El mundo configurado por Berenguer es habitado por seres que desoyen con una tremenda voluntad todo posible destino de aniquilación que la historia les tenía preparado. Cada una de estas vidas, a las que me niego a llamar personajes, contribuyen a compaginar la terrible verdad que rebasa y desajusta este texto iluminante y terriblemente cierto, con una fuerte e impresionante cercanía con experiencias de mujeres que vivieron vejaciones, tortura, secuestros y violaciones. En un compromiso grandioso por combatir el horror y el olvido, Carmen Berenguer obliga a la confrontación con una tragedia que no admite ni siquiera el más mínimo subterfugio.